



SE CASA CONSIGO MISMO Y PASA LA LUNA DE MIEL FRENTE AL ESPEJO



Después de quince honestos y limpios años de noviazgo consigo mismo, después de enviarse rosas en invierno y nardos en verano absolutamente todos los días desde que advirtió el brote de su amor propio, después de amontonar casi dos metros de cartas escritas con el corazón en la mano y todas ellas dirigidas a sí, después de todo eso, decidió casarse consigo mismo y se casó. Rito heterodoxo, claro. Pero de blanco y con las patillas trenzadas. No hubo testigos ni mirones. La

tarta no compareció. Sólo se escucharon enormes aplausos, producidos por la vanidad del desposado. La felicidad rondaba las posibilidades. Entonces nuestro hombre se besó. La verdad, no sé cómo hizo, pero la cosa es que se besó brutalmente, voluptuosamente, inenarrablemente. Y una vez que se encontró bien besado, lo que se dice a gusto, se dirigió al espejo de su alcoba, preparado para la ocasión con guinaldas y flores tropicales sueltas. Había pájaros exóticos en jaulas, debajo de la cama, lle-

nando de música aquella soledad. Aromas orientales, sándalo, marangátus y oropoidelas. Y también había un escueto pero cómodo trono, labrado en oro blanco, donde se sentaría nuestro hombre a contemplarse y a disfrutar de sí a lo largo de una luna de miel que nunca estuvo prevista para durar menos de una eternidad. El hombre se quería. Mucho. Profundamente. A fondo. Bueno..., se desconoce si tuvo descendencia.

JIMMY CORSO

